

Ovidio y el exilio

Alvar Ezquerro, A., *Exilio y elegía latina entre la Antigüedad y el Renacimiento*, Huelva, Universidad, 1997.

M^a José Pizarro Martínez

La temática del exilio se unió en Roma al género elegíaco como expresión de la experiencia personal de Publio Ovidio Nasón, que sufrió un largo destierro en los diez últimos años de su vida (desde finales del 8 d.C., a la edad de 51 años, hasta el 17 d.C.).

En 1985 A. D. Fitton Brown expuso una hipótesis en la que decía que el exilio de Ovidio era una invención del poeta¹. Esta hipótesis está cargada de algunas buenas razones:

1. Muchas de las descripciones geográficas de Tomi no se corresponden con la realidad.
2. La descripción del viaje seguido desde Roma hasta llegar a Tomi es insostenible.
3. El motivo de su destierro es un misterio, como lo es también la elección del lugar.
4. Hasta el s. IV nadie se refiere al exilio del poeta.
5. Las informaciones correctas que ofrece sobre el Ponto pudo haberlas conocido por otras fuentes literarias.
6. La ficción de su propio exilio es posible en el autor de una obra como las *Heroides*.
7. Las posibilidades literarias de tal ficción son infinitas (desde la relación entre el nombre del lugar escogido y la historia de Medea, hasta los juegos retóricos presente/pasado, amigos/soledad, civilización/bárbaros, seguridad/peligro, etc.).

La simple posibilidad de plantear con argumentos diversos la irrealidad del exilio ovidiano, permite hacer una lectura extraordinariamente sugestiva de *Tristia* y *Epistulae ex Ponto*, por lo que significan en sí mismas y por su relevancia literaria como génesis de un género elegíaco específico. Nada se cuestionaría si todos los cabos relativos al exilio de Ovidio estuvieran bien atados; mas subsisten siempre importantes puntos oscuros que justifican cualquier empeño esclarecedor.

El 8 d. C. Ovidio fue condenado al exilio por orden del Emperador, pero las razones

que justifican tal proceder de Augusto constituyen uno de los enigmas más debatidos en la historia literaria latina. Si bien Ovidio se refiere en varias ocasiones a los motivos del destierro, nunca nos quiso decir cuáles fueron en concreto.

En *Tristia* dice que cometió dos delitos: un poema y un error que molestó al César. Durante su exilio no vuelve a hablar de ese error que molestó tanto a Augusto, guardó siempre la esperanza del perdón. No parece haber duda a propósito de la identidad del poema: se trata de su *Ars Amatoria*.

Por otro lado, se piensa que este libro, que publicó al menos ocho años antes no fue un motivo de peso para exiliar al poeta. Y, por más que el poeta busque justificar la tardanza del emperador, atribuyéndola a una lectura tardía por parte de Augusto del libro maldito, la duda sobre la causa real del exilio persiste. Quizás la verdadera razón se esconda en el error.

Los investigadores coinciden en señalar que el motivo debió estar muy directamente relacionado con la persona del propio Augusto, ya que la mera mención por parte del poeta de ese asunto podía reavivar las heridas del pasado; parece tratarse de una grave indiscreción cometida con la mirada. Ovidio se extiende con calculada ambigüedad en la explicación de esa indiscreción, dejando una espesa sombra sobre todo el turbio asunto.

No se sabe si hubo algún otro implicado que corriera la misma suerte que el poeta, pero parece que no se dio el caso. A partir de estos supuestos se han formulado numerosas hipótesis, que van desde hechos presuntamente relacionados con la moralidad de alguna mujer de la familia imperial, hasta la participación en supuestas conjuras políticas. Estas hipótesis muestran hasta qué punto el *Ars amatoria* no fue sino un pretexto del emperador para eliminar a quien, por razones oscuras, resultaba molesto o incluso peligroso. Mas lo evidencia el hecho de que su exilio en Tomi fue más una *relegatio* que una auténtica muerte civil, pues el poeta no sufrió la confiscación de sus

¹ Fitton Brown, A.D., "The unreality of Ovid's Tomitan exile" *LCM*, 10.2, 1985, 18-22

bienes, ni perdió sus derechos civiles, ni su condición de ciudadano; sí, por el contrario, fueron condenadas con él sus obras.

Siendo ficción o no, Ovidio creó una nueva variedad de poesía elegíaca entre los sentimientos comúnmente expresados en el género, se situó en el de la nostalgia, nacida del alejamiento forzoso de todo lo querido. En realidad, pocos poetas antiguos podrían haber ni soñado la posibilidad de la ficción, separando de modo tan sutil la primera persona real de la primera persona literaria; pero, si hubo uno tan sólo a quien es preciso reconocerle esa capacidad, ése es sin duda Ovidio. El poeta de Sulmona había ensayado ya en *Heroides* y en *Amores*.

La atención que la crítica ha dedicado a los nueve libros de elegías de exilio escritos por Ovidio en el destierro no es tan abundante como la dedicada a otras obras del poeta. Sin duda, su peso como maestro del amor y como el gran creador de la epopeya mitológica latina, ha dejado en un discreto segundo plano otra producción salida de su fértil pluma y, en especial, los libros del exilio. La valoración que se suele hacer de ésta es apresurada y predominantemente negativa.

Las obras de exilio nos proporcionan la mayor parte de los datos para trazar una autobiografía del autor, o para conocer el marco social y literario en que nació su producción poética.

Otros factores de elevado interés conciernen al hecho de que Ovidio haya escogido el metro elegíaco, o mejor, el género elegíaco, para dibujar sus emociones. La voz del exiliado se expresó en el mismo género y con el mismo tono en que lo habían hecho antes los enamorados.

Una vez decidido el marco formal, Ovidio inventó el repertorio temático y sus formas de expresión. El poeta de Sulmona crea una nueva variante de la elegía, y la dota de recursos precisos y muy abundantes, tomados de la elegía erótica, otros de la *consolatio*, otros quizás de las cartas de exiliados y otros incluso de la tragedia, para hacerla vivir. Esta poesía de exilio es un ejercicio completo que muestra cómo se puede abrir y recorrer una vía antes desconocida.

Las elegías de *Tristia* presentan una gran variedad de temas, más que suficientes para no aburrir a los lectores. Leídos con sosiego, evidencian otros matices de su personalidad que permiten comprender al hombre e incluso admirar al poeta.

También se reconoce en estos poemas una gran variedad de recursos expresivos, de modo que el plano puramente denotativo permite una inagotable cadena de connotaciones que enriquecen no poco su lectura.

Frente al abigarrado conjunto de las elegías recogidas en *Tristia*, las *Epistulae ex Ponto* resultan menos variadas y repiten muchos de los temas ya conocidos, hasta el punto de que el propio poeta llega a comprender que sus cartas producen en Roma a sus amigos, a su propia mujer, fastidio y aburrimiento por reiterativas. La valoración de los críticos suele ser aún más negativa en el caso de las *Epistulae ex Ponto* que en el de *Tristia*. No obstante, una diferencia aparentemente superficial les confiere una dimensión distinta: la expresión multiforme y abstracta del dolor se convierte en esta ocasión en una expresión contextualizada; podemos saber quiénes son los amigos del poeta, cómo reaccionaron ante su desgracia, qué tipo de relación guardaban con él y cómo éste modula sus afecciones en función de destinatarios precisos. Dicho de otro modo: la literatura cobra vida y se hace aún más humana; ello debería perdonar las reiteraciones, pues la creación se ha hecho atendiendo no a un público general, sino a unas personas muy concretas.

Cabría pensar que la redacción de *Tristia* tiene que ver con la actividad pública de Ovidio como escritor, y que pretende mantener vivo su recuerdo literario; mientras que en el caso de *Epistulae ex Ponto* interesa más la comunicación personal e individualizada. Ambos poemarios completan el perfil del “yo” literario creado por el poeta de Sulmona.

Si hay algo que parece haber afectado a Ovidio, más que ninguna otra cosa, ha sido el exilio literario. Nadie que no hubiera vivido en Roma podía saber qué significaba realmente no estar en ella; tampoco quien vivía en Roma podía imaginarse qué suponía salir de la Urbe para no volver a ella jamás. Y si otras ocupaciones se dejaban sobrellevar mejor, la del intelectual, la del escritor, en ningún lugar era ya posible, pues hasta bien entrado el siglo II no se hubiera podido concebir la creación literaria en particular y artística en general de espaldas a Roma.

Ovidio sí fue capaz de entregarse a una intensa actividad literaria durante los diez años que duró su exilio del Mar Negro. Mas nada de ello hubiera sobrevivido, nada se

hubiera conocido y menos transmitido a la posteridad, de no haber sido enviado a la Ciudad, para que manos amigas evitaran el olvido total hacia el poeta.

Es cierto que Tomi no era ese lugar sórdido y frío que Ovidio se empeña en pintarnos insistentemente en sus obras. Pero, comparado con Roma, cualquier lugar del mundo le hubiera parecido igual. Pues, aunque al principio de su estancia junto al Ponto, se queje continuamente de su *ingenium* y de sus Musas, que le han conducido a tan desgraciada situación, poco a poco comprende que el mayor de los dolores para él es no poder ejercer el influjo seductor, que a través de su talento y de sus versos le había merecido gloria infinita entre sus conciudadanos. Ovidio se sentía un perfecto desconocido en Tomi y no encontraba a nadie capaz de apreciar sus obras. Tal sensación motivó una intensa cascada de reproches contra sí mismo y

contra sus creaciones. Luego, a medida que fue haciéndose plenamente consciente de su situación, fue cambiando de estrategia, hasta terminar aceptando que el único consuelo y la única esperanza posibles residían en seguir cultivando la poesía.

La intención de Ovidio fue recuperar el favor gracias al apoyo del público; aunque no le perdonase Augusto, su fama habría de prolongarse más allá de la muerte y por eso su poder fue superior a su pena y también estuvo por encima de la arbitrariedad del emperador, a quien constantemente comparaba con el mismísimo Júpiter: la poesía está por encima del poder de los dioses. Y así, la *consolatio* se logra por la vía del éxito literario: quien va contra el poeta sufre el castigo de la posteridad y de los dioses. En realidad, estos poemas de exilio son el más grande alegato de la Antigüedad sobre la libertad de expresión.